

PÉTER ESTERHÁZY

SIN ARTE

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Semmi művészet*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2008 by Péter Esterházy
Publicado por vez primera en Magvető, Budapest
Representado por BV Berlin Verlag GmbH, Berlín
© de la traducción, 2010 by Adan Kovacsics
© de la ilustración de cubierta, 2008 by Gitta Esterházy
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Esta publicación ha recibido una ayuda
de la Hungarian Book Foundation



ISBN: 978-84-92649-45-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 192-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

POESÍA Y VERDAD

EN EL HOSPITAL

¡De la madre y del hijo! No me despertaron estas palabras, pues no dormía, sino que me sacudieron, me estremeció ese grito que sonaba triunfal y a la vez resignado, exigente o, cuando menos, obstinado y al mismo tiempo privado de todo egoísmo, como una verdadera jaculatoria. Yo conocía muy bien la voz.

Tumbado en la cama, entre almohadas, como dice el poeta, aun así rezumaba cierta marcialidad, como si me hubiese postrado una herida de bala. Muchas veces me he preguntado por qué resulta tan difícil imaginar que a alguien le descerrajen un tiro en la prosa húngara de hoy. Claro, si le pegan un tiro a alguien, ¡no será al «yo», al narrador! Aunque, desde luego, todavía podría recuperarse y narrar después a discreción... Estaría en una cama de hospital, igual que yo, no entendería bien ni dónde está ni por qué, igual que yo, no habrían dejado de surtir sus efectos los tranquilizantes y los analgésicos, y el único punto fijo parecería aquel detective de la policía (¿hablador?, ¿discutidor?) apostado en la puerta.

Poco a poco empezarían a surgir ciertas experiencias que explicarían el tiroteo. Dicen que en los años noventa las mafias ucranianas y albanesas lucharon en o por Budapest. Yo también escuché, en nuestra casa, disparos procedentes de la calle Szentendrei. De hecho, sólo me enteré de que eran disparos al día siguiente por los periódicos, ya que por la noche aún creía que se trataba, una vez más, de esas fiestas

de nuevos ricos que se celebraban en el vecindario, fuegos artificiales del sector privado, aunque luego contemplé en vano y con cierta irritación la negra bóveda celeste, que se mantuvo negra y cuya negrura constaté no sin malicia. Después reinó la calma. Ganaron los albaneses, si no me equivoco. O sea, que ahora tenemos mafiosos albaneses. No acabo de entender del todo, sin embargo, por qué hemos de importar la mafia del extranjero. ¿Qué pueden los albaneses que nosotros no podamos? Si tenemos a los ucranianos por rusos y a éstos por comunistas, resulta fácil suponer que cometan toda clase de desmanes. Aun así, mucho me extraña que el pueblo de Bartók y de Puskás no sea capaz de levantar por sí solo una mafia, por muy pequeña que sea. ¿O es que también la tenemos, pero modesta e integrada ya en las estructuras europeas?... Pero entonces ¿por qué no se han sumado los albaneses a nosotros? A Puskás se lo puede imaginar con una magnum de dimensiones enormes. Creo que mi madre era la única persona que lo llamaba Ferenc (y no Öcsi). Bartók es ya un *affaire* más peliagudo. Sería una mala idea, aunque parezca obvia a la primera, encajarle una elegante y diminuta pistola de mujer. Habría que comprobar si no existe entre ellas, a pesar de toda la finura, una más bruta, por no decir bestial, un arma que parezca una joya, pero permita al comisario hablar luego de un cráneo destrozado y de un tórax atravesado. ¡Hasta un tren podría pasar por ese agujero! ¡Qué digo! ¡Volar, señores, porque lo que atravesaba ese tórax era todo un túnel!

No acabo de entender que un pueblo tan talentoso como el nuestro no sea capaz de tener una mafia propia. Cuenta con la pasión adecuada, con el sufrimiento adecuado y con la corrupción adecuada... En vano son ingeniosos los finlandeses y cuentan con un PIB elevado, pero no son lo suficientemente corruptos. Durante una época, por cierto, me

paraba a menudo con el coche en aquel semáforo en rojo al pie de Rózsadomb,¹ donde mataron a tiros a un pudiente hombre de negocios que esperaba en su vehículo. El 11 de febrero de 1998, a las 17 horas y 44 minutos, un viejo Mitsubishi Lancer se detuvo a su lado; con movimientos tranquilos y decididos, como si fuese un fontanero, se apeó del asiento situado al lado del conductor un joven de unos veinte años, de profesión asesino a sueldo, cerró la puerta del coche, dio la vuelta alrededor del Mitsubishi y empezó a disparar casi a quemarropa con una ametralladora de tipo Agram 2000 provista de un silenciador; descerrajó como mínimo treinta tiros a la cabeza y al cuello de la víctima; en vano llevaba ésta, como siempre, un revólver—aquí podría aparecer por fin mi favorito, el 38 Smith and Wesson—, pues ni siquiera tuvo tiempo de levantar la mano para protegerse, y aunque dicen que solía mostrarse desconfiado durante cada minuto del día y conocía perfectamente, por obligación profesional, a sus enemigos mortales, el hombre debió de sentirse seguro en medio del tráfico a hora punta porque ni siquiera lo acompañaban sus guardaespaldas. Mientras, el Mitsubishi se había puesto en marcha, con el semáforo ni en verde ni en rojo sino en ámbar, y el joven desapareció en el barullo de la tarde, enfilando en dirección a la librería por la que paso a veces.

Es rica nuestra oferta de libros húngaros allende la frontera. Los escritores húngaros residentes en la antigua Yugoslavia, por ejemplo, saben más de matanzas que nosotros, los de la madre patria, porque vivieron los bombardeos de la OTAN y, además, la guerra de los Balcanes. Yo soy un hijo de la paz. Claro que es una tontería, porque en

¹ 'Colina de las rosas', barrio residencial de Buda. (Todas las notas son del traductor).

tiempos de paz se asesina quizá más, al menos para fines particulares, que en la guerra. O piénsese, por ejemplo, en *Pulp fiction*. En las películas en general. Allí las masas encefálicas vuelan con tanta facilidad y naturalidad, gotean y salpican con tanto gusto, como si nos halláramos en uno de esos programas televisivos cada vez más frecuentes dedicados al turismo gastronómico (título: *Viaja y disfruta o El mundo como antipasto*).

Cerré los ojos, volví a cerrarlos. Me sentía agotado por la operación, harto de que me cortaran la carne, de que me trincharan—vida y milagros de un pollo trinchado—, de que me trocearan; mejor dicho, mi cuerpo estaba agotado. Tenía la sensación de que cualquier mal gesto enseguida me provocaría un calambre en la pierna, sospechaba sobre todo de mi pantorrilla izquierda, como si fuera mi punto débil, el dique enclenque que dejaría irrumpir el violento oleaje del dolor, aunque, a decir verdad, la pantorrilla sólo asumía tal papel estelar a raíz de mis recuerdos, pues antes se acalabraba con frecuencia. Un mal gesto: esto me agobiaba más que la previsible «contracción repentina e inesperada (y dolorosa) de los músculos», es decir, me agobiaba no intuir nada de ese posible mal que se avecinaba y tener que considerarlo, por tanto, todo malo, cualquier movimiento que pudiera realizar. De ahí que no me moviera, que permaneciera tumbado, rígido y asustado, cosa esta que debía saber que era un error (un mal).

Este error pendía oscuramente sobre mi cabeza, la angustia católicamente cargada de remordimientos de una existencia que se hallaba en un estado de equivocación permanente; al mismo tiempo, sin embargo, me llenaba de una alegría un tanto menos explicable que el cansancio se asociara de forma tan nítida al cuerpo. Sonriendo, abrí los ojos. Me habían dado una habitación individual, lo cual era bue-

no, pero a la vez me aislaba. En ocasiones oía voces misteriosas procedentes del pasillo. Así como una risa femenina claramente identificable, como si esa risueña mujer se hallara a mi lado; esto era lo más perturbador. Lo más indigante. Mi madre estaba en la puerta, ni fuera, ni dentro, con la enfermera Emma; parecían estar hablando. La enfermera Emma, una mujer rigurosa, poco amable, gozaba de toda mi confianza. Daba la impresión de pensar mal de mí, aunque lo disimulara por deber profesional.

Hoy le quitaremos los puntos, dijo una mañana. Fuera nevaba como en un cuento, con unos copos enormes.

¿Cuándo?

Pues será de repente, respondió, y se quedó mirándome como si se sorprendiese de sus propias palabras. Antiguamente, los camareros preguntaban cuántos panes se habían consumido. Y mi padre, cuando aún podía hablar, siempre contestaba, como si fuese un chiste maligno: unos cuantos. Esto ya lo escribí en otro lugar, pero no importa, es lo que me vino a la mente con eso de «será de repente», y sentí gratitud hacia la enfermera.

¿Dolerá?

Sólo igual que el sexo. Vi en su expresión hosca que me abofetearía si me permitía alguna ambigüedad o que me pegaría un tiro, ¿no es así?, claro, o que, en todo caso, se vengaría. Vamos, que de todos modos habría algún problema.

Mi madre se había tomado la licencia—todavía o quizá ya para siempre—de ponerse el turbante amarillo, de tocarse con él. Esa prenda aludía directamente a su pasado aristocrático. Así y todo, ella no jugaba ya a aristócrata, de hecho, no juega ya, creo yo, a nada, es muy mayor, a punto de cumplir los noventa; pero no sólo era una anciana con una energía increíble y con un extravagante tocado amarillo, sino que al mismo tiempo sugería que, amén de ser una

anciana, había sido muy probablemente una aristócrata. A veces quizá incluso una dama. Que una época—lo sé, una época secreta—la consideró una dama... Pues sí, ¿quién la consideraba como tal? La segunda mitad del siglo xx no fue precisamente propicia para las damas en la Europa Central, y a mi madre ni siquiera le daba mucha pena. No obstante, siempre sugería que ella—en esa época secreta, inoficial—, entre otras cosas, también era eso, una dama y que como tal se consideraba: a sí misma.

El tinglado del tocado (la rima ha salido por casualidad, perdón) era una estructura de fieltro (un orinal, diría el insensible varón húngaro) que soportaba la turbantez. Mi madre lo compró en la calle Kígyó, en el centro, en la tienda de Bozsik. Cucu Bozsik, el segundo genio del equipo de oro¹ (como suele decir mi madre o, mejor dicho, como suele decir para luego corregirse a voz en grito: ¡el tercero!), después de terminar su carrera (como suele decir mi madre o, mejor dicho, como suele decir para luego corregirse irritada: no la terminó, hijito mío, tampoco se la terminaron, sino que la carrera se terminó sola, se fundió con la marcha grisura de los años sesenta), regentó una tienda de sombreros. O una tienda de géneros de punto.

A ver, Cucu—era el único al que llamaba por su apo-

¹ Así se llamó la selección nacional de fútbol de Hungría que ganó la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Helsinki (1952) y fue subcampeona en el Mundial de Suiza (1954), donde fue derrotada por Alemania. Su momento cumbre fue la victoria sobre Inglaterra en Wembley (1953). Entrenada por Gusztáv Sebes, la integraban Gyula Grosics (apodado la Pantera Negra), Jenő Buzánszky, Gyula Lóránt, Mihály Lantos, József Bozsik (Cucu), József Zakariás, László Budai (Púpos [Jobado]), Sándor Kocsis (Kocka [Cubo]), Nándor Hidegkuti (Öreg [Viejo]), Ferenc Puskás (Öcsi [Nene, Hermanito], Suabo) y Zoltán Czibor (Bolond [Loco]). El equipo se disolvió debido a la emigración de muchos de sus integrantes a raíz de los acontecimientos de 1956.

do—, míreme. Esto no puede seguir así, tengo la pinta de una madre cristiana agotada y deslomada con cuatro hijos.

Pero qué dice, señora Lili.

Escúcheme, hijo, tengo cincuenta años, o sea, no me trate de señora. Señor Bozsik. Bozsik se puso colorado. Necesito algo extravagante y a un precio bien temperado, mi querido Cucu. Y fue entonces cuando el cien veces seleccionado inventó para mi madre esa prenda turbantoide hecha para la eternidad. Si no lo impide la cristiandad o, mejor dicho, si no se cruza con san Esteban a la cabeza, nos gustaría enterrar a su lado, en vez de su caballo favorito, ese su fiel turbante.

A mi madre no le interesaban los tópicos maternos, de ahí que ora se aferraba aterrada a ellos, cuando los utilizaba en serio, con apasionamiento, no en broma ni con ironía, ora los parodiaba fríamente, como si se hallara por encima, que era donde en efecto se encontraba en esos casos. Parecía estar discutiendo con la enfermera Emma, dos caras serias en la puerta entreabierta, mirando hacia mí. Es un lugar común, aunque los lugares comunes expresen la verdad (claro que decir esto también es un lugar común; y decir esto también; y así sucesivamente; y al final quizá, esto es, precisamente después del punto y coma número infinito, la afirmación manifestará de pronto algo nuevo: así imagino yo el mundo, como algo que tarde o temprano..., esto es, que los agujeros negros no se tragan las informaciones), es un lugar común, insisto, afirmar que el hombre vuelve a ser un niño al lado de su madre; puede tener cincuenta y ocho años de edad, por ejemplo, pero vuelve a la condición de niño. (Por supuesto, existen grandes diferencias entre niño y niño). Además, uno carece de edad en la cama de un hospital, se convierte en un objeto sin años contabilizados, no puede figurarse con capacidad suficien-

te para afrontar con la fuerza de la juventud lo desconocido que le espera de forma visiblemente amenazante ni puede tranquilizarse escondiéndose bajo el paraguas protector de la edad, diciendo que ocurrirá lo que tenga que ocurrir. No hay más que la cama, el váter de la habitación, la enfermera Emma. Y mi madre.

La brisa de noroeste, recargada de olor a guisantes, me traía retales de frases. Me gustó el almuerzo: la sopa difícilmente descriptible, cercana quizá a cierta sopa de verduras, el puré de guisantes, como si estuviéramos en los años sesenta, ¡los primeros guisantes comestibles de mi vida!, acompañados de la hamburguesa más vulgar imaginable: una hamburguesa basta, de trozos grandes y demasiado condimentada, pero precisamente del tipo que me encanta sin admitir discusión: masticaba los trozos de pimienta y de ajo y los escupía. Me gustó.

Porque, sabe usted, querida, una madre es siempre una madre. Y el hijo es siempre un hijo. Es el destino de las madres y de los hijos.

Pero el señor profesor... ya no es... un niño.

¡Por el amor de Dios! ¿Llaman ustedes señor profesor a mi hijo? ¡En qué mundo vivimos!

Lo propuso él, porque no sabíamos cómo tratarlo. Primero dijo que le daba igual, siempre y cuando no lo llamaráramos Feri. No lo entendimos. Y después dijo eso y que en Italia lo trataban de profesor.

Mi madre hizo un ademán de desprecio. Cerré los ojos. Como si me hubiera dado la corriente, casi oí la vibración del músculo atrás en mi muslo izquierdo, todo el cuerpo se me tensó, y me inundó el sudor. Si esto no es como si me hubieran disparado (con alevosía), no sé qué será. Hoy en día se tirotean incluso por un aparcamiento en el centro de la ciudad, hasta se ven huellas de tiroteos en los parkings. Igual

que las de las balas de 1956 en los muros de los edificios, aunque éstas poseen un aura más sublime; allí han permanecido durante décadas, se las ha podido ver durante años, y eso que nadie quería recordarlas, ni nosotros, ni ellos.

MI MADRE, VÍCTIMA DE LA LITERATURA

Mi último libro, que es, de hecho, el penúltimo porque entretanto se publicó también mi *Rubens*, contiene una escena donde explico la regla del fuera de juego a mi madre. Ella se encuentra en su lecho de muerte. Creo no exagerar si defino la imagen como de un enorme efecto. Figurémonos a una madre «sacrificada que ha sufrido mucho», la mía, de la que cuelgan unos tubos: «un extraño objeto lejano del que salían tubos de curvas complicadas mientras entre sus labios hundidos silbaba y rugía el viento»; mantenía los ojos cerrados aunque se notaba que no dormía, o sea, que no estaba muerta, y se percibía asimismo que el alma se hallaba todavía en su interior (algo más que el aliento, algo menos que una prueba de la existencia de Dios); aun así, algo ya—no digas «ya» cuando te refieras a mí—, algo había cambiado ya definitivamente, mi madre se encontraba en el camino, no estaba más delgada, que era lo que se podía pensar a primera vista al observar sus mejillas sumidas, su piel flácida, ese color blanco que no podía definirse como blanco y que parecía iluminar hacia dentro y devorar la luz, la mirada, el mundo entero; y ese color blanco lo consumía todo, no apetecía contemplarlo y, de hecho, tampoco se podía. Las proporciones habían cambiado. *Todo se había torcido.*

No me gusta decirlo, pero de pronto tenía cara de caballo (en aquellos libros míos en que yacía en su lecho de